V

SEPULCRO DE LA INFANTA DOÑA LEONOR, SEGUNDA MUJER DEL INFANTE DON FELIPE

Debajo del coro, en la parte más obscura del templo de Villalcázar de Sirga, se encuentra el sarcófago que guarda los restos, ya disgregados, de la segunda esposa del Infante Don Felipe.

La urna sepulcral de Doña Leonor es algo más pequeña que la de su marido y en todo semejante á ella, pero ofrece la particularidad de que sólo en los costados hay obra escultórica.

El asunto, además, se desarrolla de modo distinto que en el del Infante; pues mientras allí comienza en la cabecera con los últimos momentos del hijo del Rey Santo, siguiendo después ordenadamente la comitiva hasta terminar con la bendición del cadáver, aquí dispuso el artista su obra en dos grandes grupos que encuadran dentro de arquitos lobulados, como en el de Don Felipe, pero ocupando el centro de la línea el asunto principal en cada uno de los costados del sarcófago.

Para proceder ordenadamente, comenzaré por la descripción de la parte correspondiente al lecho mortuorio de aquella ilustre descendiente de la casa de Lara. (Es lo menos conocido de ambos sepulcros.)

Sobre un lecho de fuertes y torneados pilares angulares, que se elevan sobre cuadrada base y rematan en bolas, se halla tendida Doña Leonor, ya difunta, envuelta en bata color granate y cubierta con manto de idéntico color.

Su mano derecha, fina, señoril, asoma por la abertura. Su cabeza, tocada á la oriental, reclínase sobre tres almohadones decrecentes; sus pies, delicadamente calzados, rebasan la línea del lecho mortuorio, al que rodean varias figuras. Una de ellas, completamente destrozada ya, tiene su brazo derecho extendido sobre la difunta esposa del primer Arzobispo electo de Sevilla.

Un acólito-columna (1) sostiene en su mano izquierda un acetre con su correspondiente aspersorio, y en la derecha, algo levantada, una sencilla cruz trebolada.

A la cabecera del lecho, apoyada la diestra sobre uno de sus remates, se encuentra arrodillada una joven orante, vestida con túnica granate y manto verde y cubierta la cabeza con toca blanca. Junto á ella, y en pie, un caballero esbelto y arrogante, con su manto granate, terciado á la izquierda, tiene sobre su mano derecha apoyada la cabeza, tocando con la izquierda las cintas del tocado de la difunta cuñada del autor de las *Cantigas*.

Detrás, uno á cada lado, dos caballeros angustiadísimos contemplan aquellos miserables despojos de la muerte.

A los pies del lecho, tocando con los de la difunta, un jovencillo con manto muy corto tiene ambas manos puestas sobre la cabeza, muy bien poblada de largo y peinado cabello. ¡Con qué ternura representó el artista la pena y aflicción de este muchacho, perfectamente reflejadas en su rostro juvenil! Inclinado sobre el cadáver, al que parece querer comunicar el calor y la vida que ya huyeron, un caballero, que viste túnica granate y manto verde, llora sin consuelo.

Algo atrás se ve otra figura que viste túnica granate, muy bien ceñida; no tiene manto, caído sin duda á causa de sus bruscos movimientos; pues falta de resignación esta señora, ó ciega por el dolor y la amargura, contempla la escena mesándose, nerviosa, el cabello y arañándose rabiosamente el rostro.

Por su proximidad al lecho mortuorio en aquellos momentos, no parece una mercenaria plañidera, sino un miembro de la familia ó á ella ligada con vínculos de franca y sincera amistad.

---

(1) Hay que advertir que el artista, para aprovechar espacio ó para no interrumpir el desarrollo del asunto, sustituyó las columnitas que habían de servir de sostén á los arcos con personas que integran la composición. Así consiguió mayor unidad, evitando la solución de continuidad; pero no pudo evitar el inconveniente de que en algunos casos resulten las figuras-cariátides demasiado contrahechas y en violentísimas posiciones, como puede observarse en este sarcófago y, especialmente, en el del Infante Don Felipe.

Sobre este grupo, en lo alto del espacio que circunscribe el arco que sirve de marco á esta composición, se halla la representación del momento de la muerte de la Infanta. Dos ángeles tenantes, con flotantes vestiduras color granate, sostienen, al vuelo, sobre un paño el bien ejecutado busto de un niño asexual, desnudo, para significar que el alma pura de la infortunada señora había sido recogida por los árgeles que, después de separada y libre de la frágil envoltura que la sujetaba á la tierra donde tantas angustias y pesares sufrió, se la habían llevado al cielo.

Continuando á la parte correspondiente á la cabecera del lecho, junto al acólito del acetre y la cruz de mano, sigue otro revestido con largo roquete, sobre el que lleva una prenda (tan singular que no le encuentro parecido con ninguno de los ornamentos eclesiásticos hoy conocidos) abierta á los costados desde la cintura abajo, orlada con fleco en las escotaduras y en su parte inferior.

Éste, que es acólito, sostiene sobre su cabeza, un poco inclinada, el Ritual, donde lee las preces fúnebres un Prelado que bendice el cadáver con su diestra, empuñando con la izquierda un bonito báculo pastoral, apoyado sobre el hombro.

Sobre la parte inferior de su vestidura encarnado fuego, rabioso color impropio de las ceremonias, se ven el extremo del ángulo y los flecos de ambas extremidades de la estola.

Encima lleva otra vestidura granate mucho más corta, y sobre todo ello una capa verde-mar, graciosísimamente plegada, que por la ondita que forma al caer sobre el brazo izquierdo deja ver un manípulo color fuego.

Un caballero templario tiene la misión de servir al Prelado, sosteniendo con su mano izquierda el plegado de los paños. A este desgraciado miembro de la asociación *pauperes commilibones Christi Templique Salomonis* le faltan la cabeza y parte del tronco; la incuria de los hombres se adelantó á los tormentos del proceso de extinción (1).

---

(1) Sea esto dicho en sentido humorístico, pues sabido es que en España no se llegó á esos extremos.

Tocando ya con la mitra del Prelado en lo alto del arco, una cabeza de rostro muy sonrosado, atentamente contempla la escena.

Cinco figuras forman el grupo que sigue: un caballero que en su bien plegado manto ostenta la roja cruz del Temple y cubre su cabeza con birretillo verde, tiene los pies exageradamente largos, verdaderamente fenomenales; parece que el artista, para ponerle en condiciones de resistir el peso del arco que sobre él cargó, quiso dotarle de extraordinaria base sacrificando la corrección anatómica á las mejores condiciones de resistencia.

A éste acompaña otro templario mucho más alto y más fuerte, de muy largo cuello y cabeza, ya mutilada, al que sigue una figura verdaderamente indescifrable: viste túnica granate y manto que en otros tiempos hubo de ser de color café. Su aspecto parece femenino, pero la poblada barba sobre rostro, que bien pudiera servir de modelo á los encargados de las «ilustraciones» de asuntos macabros, desmiente por completo tal supuesto. En actitud de profunda meditación y vistiendo manto granate muy subido está su compañero.

Sobre estos dos últimos se encuentra un rostro de rarísima expresión, á quien parece que el artista quiso hacer derramar un raudal de lágrimas nacidas del más hondo pesar; pero no brotó al conjuro del cincel el dolor tan intenso como las circunstancias exigían, pues seco antes de brotar el manantial, quedó la figura «haciendo pucheros» como niño que, apelando á lo sentimental, pretende sin fruto sacar golosinas á su madre.

Es interesante el grupo que sigue: la primera figura, aunque no tiene el más remoto parentesco con ningún individuo de raza de gigantes, dispone de sobrehumanas energías para afrontar con éxito las exigencias del motivo ornamental, sirviéndole, impertérrito, de sostén; viste túnica, muy ceñida, granate y manto casi negro, de muy pronunciadas puntas, muy semejantes á las alas de las golondrinas.

Sobre su cabeza, desde lo alto de la frente, bajan, pareadas, dos cintas, que á la altura de los hombros atraviesan la orla del manto y van á perderse detrás de la espalda; con su mano iz-

quierda se recoge un extremo del manto, y con la derecha toca una de las cintas que cuelgan á lo largo de la espalda del individuo que le prende, un buen mozo de cabeza redonda, muy bien cuidada, y rostro severo como el de los antiguos «dómines».

Maestro, ayo, preceptor ó algo así hubo de ser: tiene delante de sí una figurita infantil, á la que muy *cariñosamente* acaricia, estrechándola entre sus brazos. El niño, ó niña, viste túnica y manto granate con vueltas blancas, todo ello muy corto; lleva sus manecitas cruzadas sobre el pecho, expresando en su rostro, francamente dolorido, las huellas bien definidas de un sincero dolor.

Síguele un personaje, acéfalo ya, que en actitud orante está seguramente pidiendo fuerzas para resistir tanta desventura. A continuación se ve una señora que llora amargamente, no tanto de pesar, cuanto á causa del dolor que había de producirle el enorme esfuerzo realizado al soportar el peso del arco que sin piedad sobre ella cargó el artista.

Algo separadas, con manto granate una, y verde otra, otras dos señoras, que también acompañan á la infantil figurita, completan el grupo.

En el mismo costado del sarcófago, á la parte correspondiente á los pies del lecho mortuorio, se agrupan varias figuras, ocupando el centro y lugar más distinguido una señora, alta, tipo majestuoso, que respira grandeza, tocada con muchas cintas menudamente rizadas, casi ocultas, aunque fácilmente adivinadas bajo su regio manto, verde en el exterior y con vestigios de armiño en el interior, que cubre su bien plegada túnica, larga y señorial, que forma por delante dos onditas, á favor de las que asoma las puntas de los pies.

Esta señora, presa de la mayor amargura, oculta su rostro entre las manos. Un paje, vistosamente ataviado con tuniquilla verde, sobretúnica granate, sin mangas, y capa azul de muy poco vuelo, con dos esclavinas de tamaño distinto con cenefas blancas, sostiene con su mano izquierda, por debajo del codo, el brazo derecho de su atribulada señora, mesándose furiosa-

mente el cabello con la derecha. Igual oficio y con idéntica buena voluntad desempeña otro paje, algo más oculto, con una camisilla listada y rostro muy ennegrecido.

Detrás, y para que nada falte en el coro de llantos y gemidos, una feísima plañidera se dedica á la poco grata tarea de arañarse el rostro.

Inmediata á ésta hay una figurilla-cariátide que viste bonita túnica azul ceñida con cintillo encarnado. Se cubre con manto, listado, sujeto al cuello por dos cintas anudadas que bajan después entretejidas sobre el pecho. Lleva la mano derecha puesta sobre la cabeza, como para amortiguar el peso que tiene encima, mientras con la izquierda recoge el manto, algo caído, sin duda por no poder atenderle debidamente.

Tres personajes nos salen al encuentro: dos de ellos visten amplias y ondulantes batas, sobre las que lucen muy plegados y airosos chales listados.

Estas figuras, que, á juzgar por el puesto que ocupan parecen ser doncellas ó dueñas, adelantan sus manos derecha é izquierda, respectivamente, cogiendo con sumo cuidado el encañonado manto de una señora de aspecto señoril, con alto tocado á la oriental, con cintas rizadas que rodeándola totalmente la frente y cubriéndola toda la cabeza bajan, sirviendo de marco á la cara, en forma de rostrillo; por debajo del manto se ve la bata, blanca, de muy alto peto. Con los dedos, muy cuidadosamente ejecutados, de su mano derecha toca las cintas del barbiquejo; lleva extendido su brazo izquierdo sobre una de las doncellas. Éstas, ó tratan de cortarle el paso para impedir que vaya hasta donde se encuentra el cadáver, ó tienen la humanitaria misión de sostenerla en su desfallecimiento.

Sobre este tan bien sentido grupo, una cabecita tocada de blanco atisba la escena que más abajo se desarrolla.

A continuación de éste sigue el último grupo de aquel costado.

La primera de sus figuras sirve de columna, vistiendo una como camisilla encarnada y jubón blanco y sobre él manto verde con esclavina corta.

Lleva su mano derecha sobre la cabeza, y no sin razón, que bastante dolor había de producirla el poco delicado encargo del artista; con su mano izquierda, extendido el brazo, toca tímidamente la orla del magnífico manto color granate de una señora esbelta y de noble aspecto, que debajo del manto lleva bata muy larga listada. Va tocada muy graciosamente con toquilla blanca, ejecutada con verdadera fortuna, algo levantada por delante, para dejar ver la espaciosa y bruñida frente.

Junto á esta señora, que abatida y triste oculta el rostro entre sus manos, se ve un sirviente, atlético, fornido, con vestiduras que apenas le llegan á las rodillas, pero con muy larga y buena voluntad para servir á su señora. Forma contraste el compañero que tiene al lado, parece un liliputiense: tan pequeño es que para poder sostener el arco del motivo ornamental se ve en la precisión de levantar cuanto puede los brazos. Apenas si aun llega con la punta de los dedos.

Es de ensortijado cabello, va desnudo de pie y pisonas, y viste túnica azul con ceñidor blanco: posee un esclavo.

Detrás, ya en último término, una plañidera cumple su obligación.

Costado que mira á la nave central.

Ocupa el centro de la arcada el féretro donde reposan los restos de la viuda de D. Felipe, colocado en posición algo inclinada sobre tres bichitas decrecentes; por entre las dos mayores, correspondientes á la cabecera del féretro, asoma la cabeza y parte del busto de una niña que, tendida en el suelo y tocando con su espalda el fondo del ataúd, está como agatillada con las manos juntas extendidas sobre el pavimento, tranquila y serena sin que el horrible aspecto de sus tan cercanas vecinas ponga espanto en su rostro sonrosado.

Muy profunda hubo de ser la tristeza que sintieran dos mujeres inclinadas sobre la tapa del féretro, vestidas con túnicas blanca y negra, respectivamente, y cubiertas con mantos verdes, pues una de ellas se mesa desaforadamente su abundante cabe-

llera, y la otra oculta el rostro entre las manos con ademán de suprema angustia.

Por detrás, ocupando todo el espacio circunscrito por el arco, se ven hasta cuatro Prelados, empuñando sendos báculos, cubiertos con la litúrgica mitra. Ocupa el centro el oficiante, revestido con capa pluvial verde en actitud de bendecir el féretro á la griega. Le rodean los otros tres con capas pluviales color fuego. Excepto uno, de rosado y lampiño rostro, los otros ofrecen la singularidad de tener las mejillas y frente pintadas de un color tan obscuro que bien se puede pensar que saldrían «negros» del pincel del policromador.

A un extremo un acólito de muy poblada y rizosa cabellera, revestido de alba de muy amplias mangas, está incensando el féretro, que los sirvientes, uno á cada extremo, cierran valiéndose de unos listones fuertes, sin duda para no cogerse los dedos con la tapa. Es muy original la indumentaria de estos individuos: uno de ellos viste túnica verde y sobre ella una como sotana sin mangas, de prolongadas aberturas á los costados y con tan pequeña escotadura sobre el cuello que apenas, fijándose bien, puede verse. Cubre su enorme cabeza con bonetillo de largas orejeras y calza unos chapines muy semejantes á las zapatillas que hoy se usan para andar por casa. Tiene la cabeza profundamente inclinada, tocando con las manos del turiferario, y esto no tanto cediendo á su propio peso, que no sería pequeño dadas sus extraordinarias dimensiones cuanto por tenerse que prestar á la penosa tarea de servir de fuste.

Su compañero viste una tuniquilla verde muy bien plegada y ajustada al cuerpo con un ceñidor liso; usa idéntico calzado y le falta la cabeza (1), que en otros tiempos mejores también hubo de tener inclinada sobre el féretro por exigirlo así la ejecución de tan complicado asunto en espacio tan reducido.

---

(1) Son muy de lamentar estos deterioros, efecto, más que de la injuria de los tiempos, del abandono punible de los hombres. El que esto escribe ha perdido algunas horas buscando cuidadosamente esos fragmentos, tristes despojos del descuido y, ¿por qué no decirlo?, hasta de la barbarie.

Detrás otro acólito-cariátide con larga dalmática encarnada, que tiene el aditamento de unas mangas cerradas, sostiene en su mano derecha, apoyada sobre la cabeza de su contiguo, un crucifijo de mano que, á juzgar por los vestigios que aun quedan de la imagen del Crucificado, hubo de estar delicadamente ejecutado, en parte.

La cruz es de 9 centímetros de alta, trebolada y pintada de verde obscuro.

El crucifijo tiene las manos totalmente extendidas sobre la cruz; no se puede apreciar seguramente si ha tenido corona; la zona es algo ancha.

Está tan mal rematado que no se le ven los pies, que *nunca* ha tenido, efecto quizá de un error de cálculo ó porque el artista no pudo vencer dificultades demasiado graves en aquella época.

A juzgar por la disposición de las piernas que bajan rectas y separadas, es de conjeturar con fundamento que, de estar terminado, estaría sujeto con *dos clavos*.

(El crucifijo que tiene el acólito en el entierro del Infante Don Felipe es casi de las mismas dimensiones: tiene los brazos extendidos en línea perfectamente horizontal y las piernas cruzadas; aunque ya están por completo mutilados los pies, puédese asegurar que estarían sujetos por *un solo clavo*. Me he detenido en estos detalles porque una persona muy respetable y no poco competente en asuntos arqueológicos, sostenía que no puede ser que exista tal diferencia en ese punto.)

El acólito que sostiene el crucifijo tiene en su mano izquierda un pequeño recipiente, dentro del cual se ve un manojillo de hierbas. A primera vista pudiera creerse que serviría de aspersorio, pues aun hoy en iglesias muy pobres se sirven de ese medio para sustituir ese objeto; pero como para ese servicio ya hemos visto que le tenía un acólito cerca del lecho donde reposa el cadáver de Doña Leonor, no sería gratuita la hipótesis de creer que el manojillo de referencia serviría para quemar hierbas de él en el incensario, más necesario entonces, no sólo por fines litúrgicos, sino para embalsamar el ambiente.

Inmediata á éste se encuentra la primera figura del grupo si-

guiente: es un Abad mitrado, calzado con sandalias y empuñando su báculo.

Síguenle cuatro religiosos benedictinos, uno de los cuales se encuentra encorvado á causa, no sólo de maceraciones y penitencias, sino por tener que servir de sustentáculo haciendo el oficio de columna.

Salen al encuentro en correcta formación cuatro templarios, de manos enormes, extendidas sobre el cuerpo en forma de aspa, severos, barbudos, hondamente entristecidos, cubiertas sus cabezas con casquetillos con orejeras, de las que cuelgan unas cintas que se anudan bajo la barba.

Las cruces de los mantos de los tres caballeros que ocupan el primer término están ya blancas por haber perdido el color, pero la del otro, que está más oculto y menos expuesto al roce, está pintada de color granate muy vivo que, como es sabido, era el color del distintivo de aquella Orden religioso-militar que tenía por lema: *Non nobis, Domine, non nobis; sed nomini tuo da gloriam.*

Mención especial merece el grupo siguiente: la primera figura es de un pajecillo de blonda cabellera, sustituyendo una columna. Viste túnica obscura y capa muy blanca con esclavina festoneada de azul; calza sandalias sujetas con cintillas sobre la garganta del pie. Este paje sostiene en su mano derecha, levantada á la altura de la cabeza, una copa grande de tallado nudo; en su izquierda, retirada al lado opuesto, como queriendo ocultar lo que en ella sostiene, lleva una escarcela de malla muy parecida al morral que usan los cazadores, en la cual escarcela guarda unas cosas en tamaño y forma muy semejantes á los dulces caseros que en tierra de Campos llamamos «sequillos».

No creo muy aventurada la opinión de que el individuo de referencia tenía á su cuidado dos niños pequeñitos casi iguales, que junto á él se encuentran, descalzos ambos y vestidos con hábitos monacales, empuñando en sus diestras sendos bastoncitos, rematados en *tau* uno y en bola el otro.

El mayorcito de estos pequeñuelos trata de alcanzar la copa, cuya peana ya casi toca con su mano derecha; el más pequeño,

muy pegado al paje, hace ademán bien definido y claramente expresado de coger el brazo de aquél como pidiéndole algo de lo que en la escarcela guarda y trata de sustraer á sus deseos. Los niños asisten al fúnebre acto en el lugar que, sin duda, les corresponde; pero niños al fin, se distraen, y acaso muy satisfechos y contentos de tener un día de asueto, libres de la férula de avinagrados preceptores ó encintajadas y empalagosas dueñas, rompen la, para muchos de los circunstantes, estudiada severidad y fingida tristeza, y dejándose llevar francamente de sus infantiles impulsos, ponen una nota alegre y risueña en aquel fúnebre concierto de acompasadas oraciones, cantos litúrgicos y ayes de plañidera mercenaria.

Junto á los niños, destacándose por su extraordinaria estatura, presenta su colosal relieve una figura de dificilísima clasificación. Tiene la cabeza inclinada como para reprender á los muchachos: grave, honorosamente grave, totalmente cubierta con manto negro, muy cerrado por delante, tanto que apenas permite ver la orla de la parte superior de la túnica; acusadas sus formas con valentía, ya que no belleza. Este verdadero logogrifo de piedra parece pertenecer por su indumentaria, y más que todo por su actitud, al sexo débil; pero, ¿qué distracción, broma ó sarcasmo del policromador? Aquella figura que parece la representación viva del dolor, lleva muy bien poblada barba que, por lo raro del caso, hace desaparecer instantáneamente la impresión de tragedia, poniendo en su lugar, por extraño caso de antítesis, la sensación de la más grotesca mascarada.

Muy cerquita forma en la fúnebre comitiva un individuo con listada túnica; en segundo término asoman curiosos la cabeza dos testigos presenciales de tan solemnes exequias. En la misma línea, á la parte de la cabecera del sepulcro, se desarrollan tres grupos de religiosos; seis agustinos están más próximos al féretro, uno de los cuales está condenado al trabajo de servir de columna; á éstos siguen seis franciscanos, y á ellos otros religiosos cistercienses, el último de los cuales cierra la comitiva.

Tapa del sarcófago.—Estatua yacente de Doña Leonor.

Este magnífico sarcófago de piedra franca lleva en la cubierta (1) la estatua yacente de la segunda esposa del canónigo de San Salvador de Campo de Mua (Palencia). Está, como la del Infante, encuadrada dentro de motivo ornamental semejante á los angelitos de los costados, pero más perfecto.

Dos metros mide la estatua. Su tocado es originalísimo. Mide 22 centímetros de alto y está formado por una larga cinta muy bien rizada, que le da 22 vueltas á la cabeza; otras 12 cintas lleva á la parte de la nuca, más groseramente rizadas. Ambas series de cintas van desarrollándose en espiral, separadas en sentido casi vertical por otra más ancha, no rizada en todo su ancho, sino en 1 $^{1}/_{2}$ centímetro, correspondiendo lo rizado á la parte atrás de la cabeza. Desde lo alto de ella baja hasta las orejas, sujeta por otras dos cintas y asegurada con cinco botones redondos. Desde las orejas bajan muy juntas otras cinco cintas rizadas que la rodean por debajo de la barba.

Desde la nuca parten otras dos cintas finamente rizadas que la rodean el rostro, pasando entre la nariz (mutilada) y la barba, cubriéndola completamente la boca.

Tanto éstas como las que forman sobre la cabeza un alto bonete están con gran maestría sujetas por otra cinta de 5 $^{1}/_{2}$ cm. de ancha, también en parte rizada, que rodea la cabeza sobre la frente, sujetando superpuestas á todas ellas, afianzada con tres botones redondos.

Otras cuatro cintas, muy estrechitas y delicadamente ejecuta-

---

(1) Afortunadamente está entera. La estatua yacente del Infante está partida en dos; muy de lamentar es que por abrir el sarcófago con demasiada frecuencia y sin las necesarias medidas de precaución, por la precipitación con que lo hicieron en cierta ocasión, se partió la tapa. Desdichada consecuencia de no obedecer las órdenes de un Prelado que mandó poner un candado, del que aun se encuentran vestigios de un espigo.

das, sostienen por detrás, debajo del recruzado de las otras, parte del cabello de la Infanta, muy recortado en redondo y rizado con gran primor. No se ven las orejas.

Viste Doña Leonor bata encarnada muy cerrada al cuello y bien ajustada sobre el pecho, orlada con ancha cenefa, en la que alternativamente campean águilas, castillos y hojas de tilo.

Tiene sobre esta bata un manto color granate muy ligeramente cruzado, pues ambos lados bajan casi rectos. Superpuestas sobre el manto se ven seis cintas que desde los hombros bajan en forma de «aplicaciones», adornadas con castillos, águilas y hojas de tilo, alternas dentro de cuadros separados entre sí por dos junquillos gemelos.

Las cintas más anchas, que parecen formar el galón del manto (aunque no forman parte de él), bajan hasta los extremos y tienen idénticos adornos.

A favor de unas onditas, que estudiadamente forma la bata al caer sobre los pies de la Infanta, se ven las puntas de sus chapines puntiagudos:

En el canto ó piso de los mismos se ven dos águilas, un castillo y una hoja de tilo, motivos que se repiten en el dorso, artísticamente encuadrados entre bonitos recruzados.

Por la estrecha abertura que forma el manto al cruzar sobre el pecho de Doña Leonor asoma eu mano derecha, mano delicada, aristocrática, en dos de cuyos dedos se ven anillos: redondo el uno, cuadrado el otro. Un poquito más alta aparece su mano izquierda sosteniendo una bolsa (1).

---

(1) He leído que es un corazón: á algunos he oído que es una manzana. Un caballero, señor muy respetable, sostenía en mi presencia que es un pimiento. Respetando las opiniones de todos, me limitaré á exponer mi opinión:

No es un corazón, porque son muchas y muy marcadas las diferencias entre ambos objetos. Tempoco estoy conforme con el parecer de los que sostienen que es una manzana, porque esa fruta es redonda y lisa: lo que la Infanta tiene en la mano es alto y con pliegues.

Pero, francamente, me es imposible resignarme á creer que ese objeto sea un pimiento, porque no sé qué clase de lenguaje simbólico pueda hablar tan prosaica hortaliza en mano de una dama y ésa de ilustre pro-

El sarcófago no tiene epitafio, aunque alguien aseguró: «no se puede leer el letrero en la urna de esta señora por estar arrimado á un poste de los que sostienen las naves por el lado adonde corresponde la cabeza del cadáver, *que es en el que está la inscripción*, y ser imposible moverle sin mucha gente y trabajo». Puedo asegurar que ni le hay ni le hubo, y no se crea que con el transcurso de los siglos se haya borrado ni que haya sido destruído, pues en ambos casos quedarían huellas del escrito ó señales de las acometidas de muchachos ó de mayores.

Escudos.

Una orda de escudos rodea la urna sepulcral y su tapa.

Se ven, alternos, el cuartelado de Don Felipe (castillos de San Fernando y águilas de Suabia); el del Temple, jaquelados y otros con hojas de tilo.

Bichas.

Cuatro leones de costado y dos bichas de frente (en el centro) son el sostén de tan magnífica obra escultórica de fines del siglo XIII ó principios del XIV.

En mis correrías por los andurriales de la investigación no he podido encontrar la fecha en que trajeron á Villalcázar de Sirga el cadáver de Doña Leonor. Ni el P. Serrano en sus *Fuentes para la historia de Castilla,* ni Salazar en la *Casa de Lara*, ni D. Francisco Simón Nieto en sus *Campos góticos*, ni el Archivo

---

sapia y además esposa de un hombre que aunque dió muchas pruebas de irreflexivo y turbulento, no deja de ser hijo del Rey Fernando III el Santo y hermano del Rey Alfonso el Sabio.

Yo creo, y mientras otra cosa no se me demuestre seguiré sustentando que ese objeto es una *bolsa bien repleta*, que claramente significa la bondad y caridad de la difunta esposa de aquel hombre que tan activa parte tomó en las revueltas del reinado del autor de las *Cantigas*.

parroquial del pueblo, ni el diocesano de Palencia arrojan ninguna luz sobre estas obscuridades en que me encuentro.

El Excmo. Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo, á quien consulté, tampoco pudo despejarme esa incógnita, y con ello perdí toda esperanza.

En el siglo XVI eran tenidos los Infantes en concepto de Reyes, los «señores Reyes», en Villalcázar de Sirga, y el Infante había llegado á la categoría de «Santo» (1).

En uno de los libros de fábrica de la parroquia de Nuestra Señora la Blanca de Villalcázar de Sirga, en el año 1779, «se hace un buen reparo en una columna de piedra que cae en el coro sobre el sepulcro del Rey» (en esto siguieron la costumbre antigua de llamarle así).

No tenían en tan elevado concepto á Doña Leonor, como puede verse en una comunicación del referido señor Cura al Obispo: «Aunque me chocó, I. S., tanto el oficio al señor Alcalde como lo que á mí me dice, para evitar altercados en una cosa que á mi ver no lo merecía, atendiendo el estado en que se halla dicho manto (2), desgastado y hecho pedazos, la

---

(1) Con fecha 3 de Diciembre de 1844 el cura Fr. Pablo de Santa Colomba escribía al obispo refiriéndose á este particular... «un príncipe que ellos tienen por santo»...

(2) Alude á la orden que con fecha 4 de Diciembre de 1844 dió el señor D. Agustín Gómez Inguanzo al párroco de Villasirga, que es como sigue: «Con esta fecha digo al señor Alcalde constitucional de esa villa lo que sigue: La Reina, conformándose con el parecer de la Comisión central de monumentos históricos y artísticos, se ha dignado mandar que remita V. S. á esta Corte el manto perteneciente á la Infanta Doña Inés de Castro, que, según la comunicación de V. S. de 30 de Junio último, se halla en la iglesia de Villasirga, para que se deposite en el museo de esta corte. De Real orden lo digo a V. S. para su inteligencia y cumplimiento. Lo que comunico á usted para su conocimiento y á fin de que para que pueda tener cumplimiento disponga la entrega del manto de la Infanta Doña Inés de Castro, que se halla en la sacristía de la iglesia parroquial de esa villa, al dador de este oficio, D. Ignacio Méndez Vigo, secretario de este Gobierno político, comisionado por mí para recogerle, de cuyo acto se extenderá la competente certificación para que conste en todo tiempo.

Y lo traslado á usted para el suyo y para que por lo que de sí depen-

mucha estimación que le da la Reina, y la *ninguna* en que se le tendría aquí sabiendo que no era del Infante, no tuve inconveniente en entregárselo á dicho señor Comisario...»

El día 6 de Diciembre trajeron á Palencia el manto y un zapato de Doña Leonor y el gorro del Infante, según consta por comunicación del referido Cura: «El manto que equivocadamente, dando oídos á la opinión, dije en mi anterior pertenecía al Infante Don Felipe, de quien en este pueblo se cree haber muerto santamente, es el de su esposa Doña Inés de Castro y hoy mismo le ha llevado á esa ciudad con un zapato de la misma y un gorro del Infante el señor Secretario de esa jefatura» (1).

REGINO INCLÁN É INCLÁN.

VI

CRISTÓBAL COLÓN Y LA FIESTA DE LA RAZA

El 12 de Octubre va á ser en España fiesta nacional, con la denominación de *Fiesta de la Raza*. Ya lo es en la mayor parte de los Estados hispano-americanos, como «homenaje á la Nación española y á Cristóbal Colón», según la calificó el Congreso peruano; como homenaje á España, progenitora de Naciones, á las cuales ha dado, con la levadura de su sangre y con la armonía de su lengua, una herencia inmortal», según declaraba, en reciente fecha, el Poder Ejecutivo de la República Argentina.

---

da no ponga obstáculo alguno á la entrega del manto á que se hace referencia en el anterior inserto, antes bien, dé mayor solemnidad á ella autorizándola con su presencia. Dios guarde á usted muchos años, etc.»

(1) Archivo diocesano de Palencia, donde también se encuentra un documento relativo á un reconocimiento de la momia del Infante efectuado en el año 1752 y que publiqué, con el título «La momia del Infante Don Felipe», en el periódico de esta ciudad titulado *La Propaganda Católica*, en este presente año.